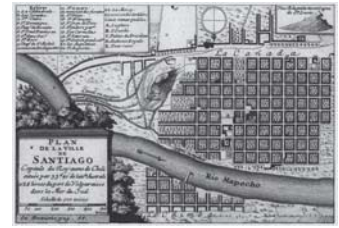


CUANDO LAS AGUAS FLUYEN

JONÁS FIGUEROA S.



Las aguas, todas ellas, son uno de los configuradores tectónicos de mayor eficacia de nuestra ciudad. Otros, han sido los terremotos, las erupciones volcánicas, el movimiento de las placas continentales. Desde las montañas, las aguas han transportado por miles de años rocas, piedras y arenas hasta formar lo que hoy nos parece una planicie más o menos estática en donde se instala dramáticamente la ciudad de Santiago de Chile. El inicio de los tiempos urbanos el acto fundador se ejercita sobre la isla que dibujan el curso del río Mapocho, partido en dos por la presencia del cerro Santa Lucía.

De la mano de las lluvias invernales, hoy en día las aguas destapan y denuncian los problemas que causa la ejecución de una obra pública. Un urbanismo y una arquitectura, que no considera el factor hidrológico en nuestra condición urbana. Tampoco los planes reguladores, en tanto instrumentos de ordenamiento de los usos que se instalan en el soporte físico, tienen presente como condición necesaria, la disponibilidad de agua natural para orientar sobre el territorio los futuros desarrollos inmobiliarios y productivos, por ejemplo.

Por tales razones, es necesario resituar el papel que tiene este elemento natural en el devenir urbano de nuestra ciudad, permitiendo que a partir de ello se formule una hipótesis de configuración de una nueva espacialidad.

Cuando las aguas fluyen ...
construyen el sitio

Los valles son lugares propicios para la convergencia y el cruzamiento de los caminos. Estos cruzamientos anticipan de modo natural la presencia de núcleos habitados, por las facilidades que presentan con las relaciones de cercanía y distancia. En el caso de Santiago, a la situación señalada se agrega la presencia del agua como factor determinante y como acción que construye el sitio. La presencia en el valle de Santiago de pueblos indígenas llegados del norte, en épocas anteriores a la presencia del colonizador europeo, queda registrada en los trazados de agua que resuelven las demandas de abastecimiento doméstico y agrícola. La acequia de Vitacura que irriga con agua del Mapocho el valle de Conchalí, mandada a construir por el cacique homónimo, es un fiel reflejo del papel que juega el agua

en la definición del sitio de un poblado indígena y su relación con las actividades productivas de pequeña escala, que permitían la sobrevivencia de sus habitantes. Aspecto éste que también es posible registrar en otras localidades del valle y que posteriormente el colonizador europeo denomina con el correspondiente nombre del cacique que la gobierna: Apoquindo, Ñuñoa, Tobalaba, Macul, etc. Cuando el valle se hace castellano por la aplicación de las ordenanzas de población de las Leyes de Indias, las aguas del Mapocho y de la Cañada son determinantes para fundar en la isla protegida por el peñón del Santa Lucía, el núcleo urbano inicial, cumpliendo con rigurosidad lo determinado por la letra y el espíritu de la ley. Este dato señala que la fundación del primer asentamiento moderno se realiza sobre una isla emplazada en medio del valle. Isla preñada por virtud de las aguas y también por constituir el sitio de la encrucijada que construyen los emplazamientos indígenas que van detrás de los cursos naturales de oriente a occidente, y el camino real que traza el conquistador español en su entrada al valle de norte a sur.

Cuestión que de partida emparenta este acto fundador con el origen mítico de la ciudad occidental; con el cardo y el decumano. La historia colonial es un relato dramático de la persistencia del núcleo urbano por permanecer en el sitio y de los periódicos embates de las aguas del torrente para recuperar el cauce natural, que extendía su anchura a la altura del actual parque Forestal, entre los 300 y 500 metros. Vega y cauce que ya por esos años comienzan a ser destinados a usos urbanos, por huertos y conventos. Los años coloniales, previos a la edad republicana, están empapados de humedad

2.... determinan el tejido urbano

A diferencia de otras ciudades, tales como Lima y Trujillo, Santiago de Chile carece de murallas de fortificación. No las necesita porque sus murallas naturales son los torrentes que por sí mismos constituyen su principal defensa y su propia debilidad. En su función de ordenar y distribuir, estos torrentes separaron la ciudad civil repleta de funcionarios y palomas, de la ciudad religiosa de conventos y huertos guardados. Más allá del cañadon de la Alameda, se instalaron los franciscanos y los carmelitas; más allá del río Mapocho,

el peso político de los organismos religiosos. Eran tantos y tantas que había que separarlos y buscarles un propio sitio. El plano dibujado por Amadeo Frezier -el explorador y espía francés que lleva nuestra modesta frutilla a Europa- es una cédula del agua, de canales y acequias perforando las manzanas; abasteciendo y extrayendo en su discurrir de oriente a occidente, la sed y los espasmos; remedando en la tierra la trayectoria solar. También, el plano frezieriano es un documento de primer orden a la hora de explorar las dinámicas que experimenta el tejido constitutivo de la manzana, pasando

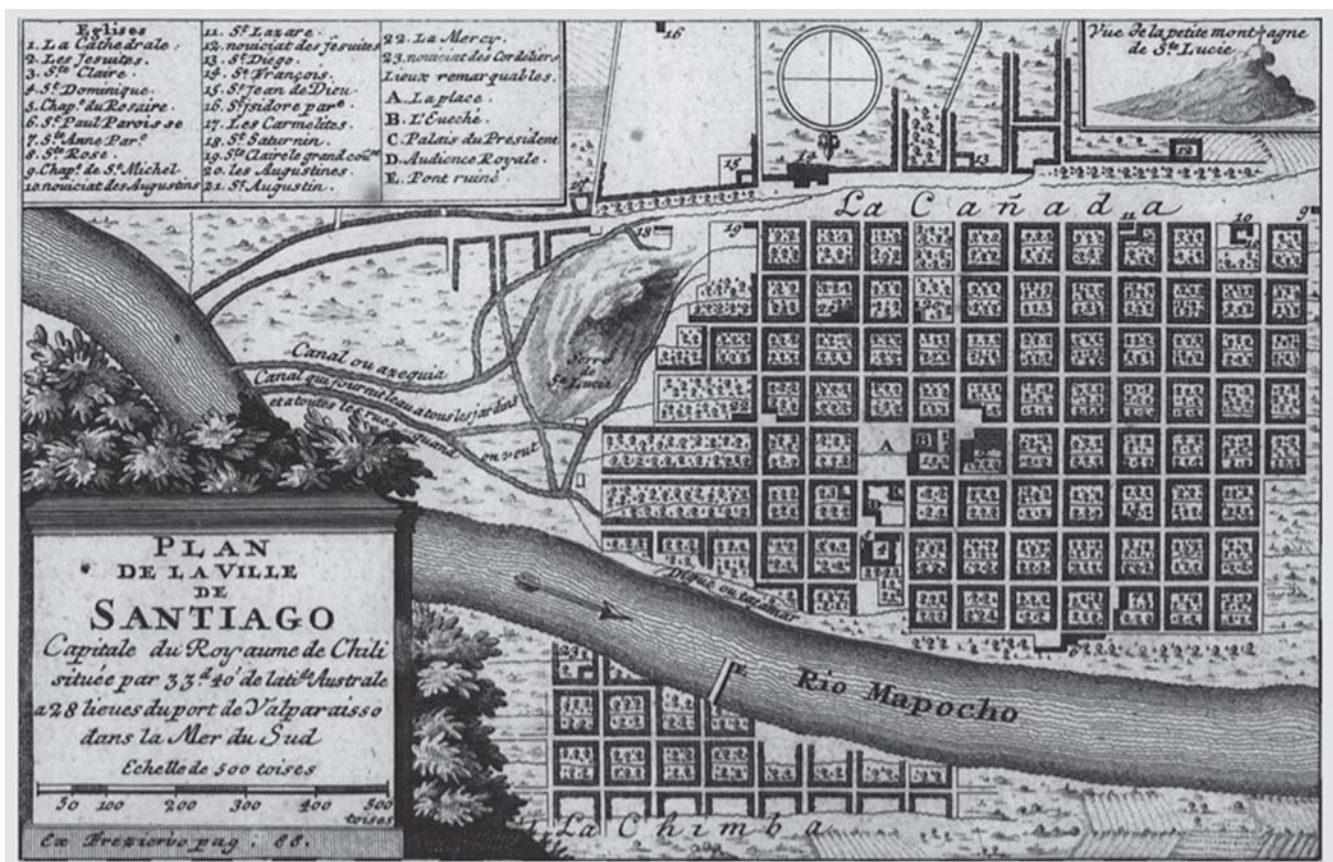


Figura 1: Amadeo Francisco Frezier, Plano de Santiago de Chile 1712.

revueltos de inundaciones, de puentes rotos y tajamares o pretilos temblorosos, puestos ahí para torcer el curso de las aguas y proteger la ciudad de las arremetidas invernales. Aún resuena por los zaguanes de santo Domingo, más abajo de la parroquia de santa Ana, la zalagarda de niños, gallinas y perros corriendo delante del torrente que entraba a la ciudad de la mano de una violenta avenida del mes de mayo.

residían los recoletos. Dentro de la ciudad civil, a *intraguas*, se quedaron las órdenes religiosas femeninas y las congregaciones afines con el papado de turno, dominicos y jesuitas, principalmente. Al norte de la plaza mayor, los frailes dominicos; al occidente, la Compañía de Jesús; los mercedarios al oriente y los agustinos, en el sur. Es decir, las aguas de nuestra ciudad también se pusieron al servicio de la curia para expresar las estrategias y

desde una distribución inicial de cuatro solares a una subdivisión mayor de sitios -ocho, doce, y más- todos ellos ordenados en función del curso de las acequias y canales. Es más, es posible descubrir en algunos tejidos de la ciudad interior, la incidencia del trazo hídrico en la forma y extensión poligonal de los terrenos. En los inicios de los tiempos republicanos, primeras décadas del siglo XIX, el Director Bernardo O'Higgins funda a orillas del río

Maipo la localidad de san Bernardo con el fin de controlar las aguas que fluyen por los canales trazados por el seco perímetro de la ciudad. En los mejores tiempos, cerca de 24 canales y acequiones hacen de Santiago, entre el diecisiete y el veinte, una ciudad de aguas. Las antiguas acequias que aún persistían, cruzaban las manzanas de este a oeste de acuerdo con el curso natural de las aguas y la pendiente. Aspecto que condiciona la geometría y el orden de las futuras subdivisiones que experimenta la manzana original dividida en cuatro solares por el conquistador hispano.

y escapularios, en los bordes. División rápidamente resuelta según relata Benjamín Vicuña Mackenna, mediante la instalación de casas de remolienda. El infierno se instaló pared de por medio, acequia medianera, con el purgatorio. Del cañadón de la Alameda salían las calles sacras: Carmen, santa Lucía, san Isidro, san Francisco, san Diego.

Demasiadas vírgenes y santos para una ciudad descreída y sudorosa, que de tarde en tarde corre a sacarse los fuegos del cuerpo, cruzando la acequia de la Alameda.

Hay tanto potrero bajando por las calles sacras, que a nadie le importa quiénes se hacen dueños de las tierras que las aguas transforman en huertos y viñedos. De allí en adelante, la especulación se encarga de poner las vías para un crecimiento que aún no se detiene, cubriendo el valle de casas y calles. Si las aguas abren el suelo para transformarlo en un objeto productivo y de consumo inmobiliario, aún queda pendiente su valoración como un elemento participante en las nuevas configuraciones urbanas. Aun se encuentran pendientes sus aportes para definir los usos idóneos de suelo, de sus cualidades ambientales,



Figura 2: Traza urbana sobrepuesta sobre la traza agrícola IGM, 1954

Las fuentes de Neptuno en las alamedas y las cajitas de agua en las plazas de Italia y de Armas, refuerzan la naturaleza hídrica de la ciudad. Las plazas por pequeñas que sean, se hacen mayores cuando el edil de turno les asigna una fuente o una minúscula cascada, tal como en la Plaza de Yungay. En los primeros tiempos, las aguas separaron la sociedad civil de la sociedad religiosa; la ciudad de los funcionarios y las palomas en el centro, la de los cilicios

3. ..., definen el futuro de la ciudad

Había tanta tierra y secano al sur de la Cañada, que cuando las aguas del Maipo invaden los potreros, los frailes aprovechan la oportunidad y se transforman en los primeros promotores inmobiliarios de Santiago. La venta de la tierra sin uso ni abuso, que la Corona asignaba a los conventos corrige los escasos ingresos que producían los diezmos.

paisajistas y climáticas. También las limitaciones que este elemento presenta al modelo de desarrollo extensivo e intensivo. Ambos tipos tremendamente escasos en calidades urbanas cuando no se encuentran inscritos en un proyecto de ciudad.

- Equilibrio climático

Los cuerpos de agua, marinos y terrestres, registran óptimas condiciones para reducir las gradientes y las alteraciones térmicas que se observan por ejemplo, en ciudades emplazadas en los valles y las montañas. Este aspecto es relevante a la hora de formular una política urbana que aminore los efectos que se desencadenen por el cambio climático que en la actualidad opera sobre nuestro planeta.

- Capacidades de carga

Las limitaciones que registran el abastecimiento y la disponibilidad de agua potable, debiesen regular y orientar los futuros desarrollos urbanos de los nuevos sectores de usos urbanos y productivos. Con ello, se estaría evitando incurrir en onerosos gastos de infraestructura y obra pública necesarios para abastecer los nuevos desarrollos. Asimismo, por cada hectárea de usos inmobiliarios que se

restan a la naturaleza, decrece proporcionalmente la capacidad del suelo para retener agua susceptible de posteriores utilidades productivas y urbanas. En fin, este brevísimo acercamiento al tema de las aguas nos ayuda a poner los maderos para construir una exploración de mayor fecundidad, con el fin de situar este elemento en su justa dimensión natural y urbana.



Bibliografía Básica:

- León Echaiz, René, Nuñoñue. Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1972.
- Piwonka Figueroa, Gonzalo. Las aguas de Santiago de Chile. Edit. Universitaria, Santiago, 1999.
- Rosales, Justo Abel. El puente de Cal y Canto. Letras Chilenas, Edit. Difusión Chilena, Santiago, 1974.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. El clima de Chile. Edit. Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1970.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. Páginas escogidas. Edit. Universitaria. Santiago de Chile, 1987.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. La era colonial. Biblioteca Popular Nascimento. Santiago, 1974.

Figura 3: Estructura del espacio rural de la comuna de Recoleta IGM, 1928.